

Tanshui

Caminar bajo el sol

Tercer libro

MARÍA

Todos los derechos reservados
Texto escrito en 2012

Juan 1:1-18

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.



En unos instantes una vida
cambió la historia,
pero la historia
nunca se le dijo
porque el hombre
así lo había decidido.

Tiempo
esperó el caos
y así lo hizo.

Me llamo María y esta es mi historia.

Aquel día el Maestro se acercó a mí. Su silencio no hizo más que aumentar mi ansiedad por algo desconocido que en el fondo esperaba. Cada prueba, cada respiración, no era más que el prelude de lo que sería mi vida de aquí en adelante.

A los demás no se les permitía participar: cuando el Maestro planeaba en su mente y en su corazón una acción de tan delicada y a la vez radical importancia, todos obedecían.

La pureza a la que aludía no era sólo del cuerpo, sino que se refería a lo que albergamos sin que la mente sea capaz de ver, oír y discernir.

"Querida hermana a pesar de tus esfuerzos, todavía hay algo que no te permite sentarte a mi mesa. Uno de ellos es el hombre, que te juzga indigna por tu envoltura y la túnica que vistes, el otro, y es la razón por la que estoy aquí ahora, es que has abierto tu corazón a aquellos que, ocultos por el velo de la mentira, te utilizaron para llegar a mí.

Ahora sufres, pero ese sufrimiento es el resultado de la obra del mal que en tu seno acogedor quiso crecer y a través de ti extender sus ramificaciones. En verdad te digo que lo que el mal

crea es por el bien que es atraído, para que el bien lo redima y a su vez, por un bien mayor sea liberado. La diferencia no existe es una subida a la cumbre de la misma montaña, uno desde dentro, y el otro desde fuera a la luz del sol".

"Una es una peste, y la otra es intrépida, valiente y dispuesta.

El que viaja a la luz del sol no teme ser reconocido, porque está en camino hacia la Luz, y sabe que allí, en la montaña, está la verdadera Luz para él y para todos. Por eso ayuda a sus hermanos y hermanas más débiles y honestos a alcanzar la cumbre con él.

El parásito, en cambio, escarba en el interior, no puede ver en la oscuridad y su único propósito es salvarse sacrificando a la víctima a la que se aferra con tanta fuerza que, a la larga, acabará consumiéndola y terminará su viaje con un dolor atroz.

Ahora que sabes quién eres y cuál es la causa de tu mal, te libero del mal porque no has pecado mujer, excepto el de haber deseado tanto mi Luz. De esto se dio cuenta e hizo viajar a tu cargo.

El Maestro despidió a todos, se acostó sobre la piedra, tomó mi pie derecho, lo puso sobre su vientre y me ordenó que aplastara el mal que había

tomado para mí. El mal salió y se fue. Yo era libre y Él cerró los ojos y de un profundo suspiro despertó.

Simón se acercó y dijo: '¡Maestro ven! Tenemos pan y uvas para compartir', 'no Simón, yo te sirvo todos los días y hoy me servirás'.

No tenía hambre; vomité tres veces, hasta que el líquido verdoso ensució mi túnica. Me lavé las manos, di gracias y pregunté al Maestro si podía contribuir con mi trabajo en el servicio para ayudarle en su inmensa y pesada tarea.

El Maestro dijo: 'María, tú estarás a mi lado y me darás la alegría que aquí no tengo, aunque en mi corazón hay una alegría y un gozo mayores que los de mi Padre.

Me dio un trozo de corteza que había tallado y me dijo:



"Cada día reclama de Dios tu fragmento de Bienaventuranza y verás que Él te satisfará".

Coloqué aquella joya rudimentaria en el centro de mi pecho y él sonrió.

Era tan raro verle sonreír y como respuesta mis ojos se llenaban de lágrimas. Nunca me separé de aquel regalo, que se convirtió en lo más preciado para mí.

Cuando partió volví a caer en el vacío de mi alma. Me sentía vacío e inútil; ¿qué alegría podía darle al Maestro?

Sus amigos me miraban molestos porque me había recluso con Él, pero mi curación era la prueba de su obra y ya no quería ocultar mi amor. Le amaba más que a ellos, porque había recibido más que todo: la liberación de mi alma del mal.

En mi servicio lo habría demostrado.

Pasó el tiempo y otras mujeres se acercaron a mí para saber qué había sucedido. En algunas de ellas reconocí los síntomas de lo que me había echado encima la oscura e innoble mano del hombre. También maduró en mí cierta repulsión por la arrogancia y la prepotencia masculinas.

Un día un hombre me insultó y no pude contenerme. Le empujé tan fuerte que cayó al suelo golpeándose la cabeza y antes de que pudiera

levantarse yo estaba encima de él sujetándole por el cuero cabelludo. Cuatro transeúntes no conseguían que le soltara el pelo, y parecía como si el fuego de la rabia se filtrara por mis ojos.

Desde aquel día, ningún hombre volvió a insultarme; temían aún más que algo saliera de mis ojos que de mi boca y por eso se alejaron.

Cuando el Maestro se enteró de lo sucedido, quiso hablarme a solas: "Querida hermana, te doy mi Gracia y mis Bendiciones no para que las utilices para luchar contra los hombres.

Cada uno es una prueba para ti, para que desarrolles la paciencia y la perseverancia, incluso someténdote a la mortificación si es necesario; así vencerás a tu ego y al de ellos.

En cambio, quieres hacer prevalecer lo tuyo sobre lo de ellos y no es así como yo enseño.

Cuando la balanza cuelgue a la misma altura, me habrá llegado el mensaje de que has comprendido mis enseñanzas. Tu corazón es puro y tu alma muy bella, pero tu naturaleza rebelde aún debe ser disciplinada. Los demás hermanos no te ven con buenos ojos; ten más cuidado con tu actitud; no soy yo quien pide, sino mi Padre.

Aquel día, el Maestro tuvo que ir a ver a la hermana de un hombre que iba a dar a luz a un niño

muy difícil, y como ya había perdido a su hijo tres veces, se pensó que su corazón no era lo bastante fuerte para soportar otro acontecimiento traumático.

Me acerqué y vi con mis propios ojos lo que los hombres no podían ver, porque estaban en el huerto en oración y recogimiento.

En cuanto vio al Maestro, temió que hubiera llegado su hora. En efecto, pobre mujer, nadie le había advertido de Su venida, y pude leer mucho miedo en sus ojos, que ya sufrían.

El Maestro se arrodilló junto a su lecho. Luego, levantándose de nuevo, levantó su mano derecha e hizo sus signos en el aire y durante mucho tiempo a tal velocidad que ya no se veían los dedos de su mano. Sudaba un poco, el aire era bochornoso y el acre olor a desinfectante subía desde sus fosas nasales hasta su cabeza.

Se acercó a ella, le puso el dedo en la cabeza y le dijo: "Lo que dice el Padre es que ahora eres madre de corazón mientras que antes no lo eras, y por amor a tu hija te esforzarás en educarte y educarla en Su fe y testimonio, para que otros niños crezcan amados y educados en la bondad y la piedad. Si te abres camino en este mundo, entonces caminarás con ella y nacerá libre de todo mal.

La madre lloró de emoción, llevó la mano del Maestro a su pecho y dijo: "Maestro, bendice este pecho para que se vaya la duda y pueda recibir las palabras del Padre en mi corazón. La gracia es Tu don, mi fe y devoción Tu recompensa".

Al Maestro no le gustaban los halagos, los rehuía en la etapa en que los seres humanos sentían la necesidad de postrarse ante Él o ante el Dios en el que creían.

Sus palabras fueron:

"No me des las gracias, dáselas tú". Fuimos a la cocina y rechazó el té caliente. "Un poco de agua", dijo, "siempre que esté fresca; necesito bañarme la cara y las muñecas". En aquel momento, en el crepúsculo, con la luz más hermosa del atardecer Le vi rodeado de oro profundo, y de Sus ojos claros salía una luz tan brillante y hermosa que no pude resistirme. Me acerqué a Él y le besé en la boca. Él se apartó y dijo: "María, ¿qué haces? Sabes que no puede haber nada entre nosotros".

"Tengo fe y siento que yo sin ti y tú sin mí no somos lo que Dios quiere".

Con mi respuesta saqué aquella afilada hoja de mi pecho, la arrojé al suelo y huí.

Bajo el olivo de la casa donde vivía me senté y lloré. Aún lloraba acompañado por el sonido de Sus palabras y me agarraba el corazón.

No podía ser mío porque era de todos, pero yo era la que le acompañaría en el viaje, a su derecha me había visto sentada y en el delirio de mi imaginación había creído que me amaba más que a ellos. Un corazón puro no puede mentir.

La flor ha florecido y pronto se decidirá
de su destino.

Tenía miedo de volver a verle.

Aquella tarde ayuné, me lavé en la fuente y, cuando me sentí preparado en el alma, me puse en camino.

Se sentó a contemplar el lago, que aquel día, más que ningún otro, brillaba con luz propia y sumergía la inmensidad.

Me acerqué usando toda mi gracia y moviéndome con elegancia me senté ante Él.

Se inclinó sobre mí, me cogió las manos y las juntó, insufló un soplo en ellas y luego me abrió las palmas como se abre un libro y en la izquierda escribió un símbolo con el dedo. Colocó mi mano izquierda en el centro de mi pecho y puso suavemente su mano derecha encima. Respiré largo

rato, intentando calmar mi corazón, que sentía saltar dentro de mi pecho: no quería que se diera cuenta de mi agitación ni de la agitación que se estaba produciendo en mi interior.

Poco a poco mi pulso se ralentizó y mi respiración también se calmó y lentamente suspiré y abrí los ojos.



Sus palabras rozaron mis oídos y por un momento pensé que era el viento el que hablaba y no su voz: "Querida hermana, tu mente no puede abrir tu corazón, pero tu corazón puede abrir tu mente", inmediatamente después buscó entre las hojas Su piedra: era negra, ovalada, brillante y grabada; ya la había visto antes y no me sorprendió que una vez más me la entregara.

Pero ahora Su indicación debía ser una práctica y yo tenía que prestar más atención y fijarme más en los actos que realizaba. De lo contrario, habría corrido el riesgo de no recordar lo que debía hacer en mi vida cotidiana para purificar mi mente, y eso me habría impedido avanzar por el camino del conocimiento.

¿Cómo podía ofrecer mi mano al Maestro si aún estaba manchada por la suciedad que había recogido en el viaje? ¿Qué importaba si era mía o de otro? Aunque no me perteneciera, la había recogido y ahora tenía que soltarla. Así que en ese instante, para que volviera a ser como era antes, limpio y puro, fui domado para el uso de la piedra, y la suciedad fue eliminada con la piedra, el gesto y la oración. La oración fue recitada por el Maestro y pude sentir sus profundos efectos en mi alma.



En el gesto empecé a despojarme de lo que había recogido y de lo que otros me habían dado embarrándome.

Y volví a rezar, ocultando la piedra bajo mi túnica para que nadie pudiera verla y pedirme a mí o al Maestro el secreto que el signo y la oración pueden contener juntos.

En el corazón, la mente se fundió libre del mal y la Luz volvió a brillar.

Así que un día, cuando había pasado tanto tiempo con la práctica del gesto y la piedra, que emanaba su energía de vida, fui de nuevo al Maestro para mostrarle si mi corazón estaba tan claro como

Él deseaba para insertar de nuevo las palabras de Luz.

Él me dijo: 'María, tú eres bendita entre las mujeres, porque en ti siembro la semilla, y esta semilla la plantarás un día, en un futuro muy lejano, sobre la tierra entre los hombres; entonces volarás hasta donde yo te esperaré, para que veas lo que es bueno y lo que es malo sobre la tierra, pero con una mente por fin en paz.

Ese día te daré la Paz, porque tú mismo la habrás dado".

Le quería tanto que me era imposible no darme cuenta, y también temía que por esta razón sus amigos se burlaran de mí. Los hombres se apiñaban a su alrededor, impidiéndome hablar con Él. Pero ellos no sabían que nuestros ojos siempre se hablaban y así fue como Él me contó tantas cosas. Si los demás hubieran sabido que Él había abierto en mí el oído claro, me habrían empujado más lejos. Pero yo le amaba demasiado para no defender la gracia de aquellas conversaciones. En espíritu nuestros corazones eran uno, y yo sabía que aunque Él estaba inmensamente más cerca de Dios que yo, me necesitaba en la tierra.

Le hice feliz con mi forma sencilla de vivir la vida y él lo necesitaba.

Un día, por ejemplo, cociné unas verduras que había recogido con mis propias manos; estaban un poco amargas, pero sentí que el Maestro me pedía comida para limpiar Su cuerpo del daño que las mentes humanas hacen constantemente.

Cuando llegué, Él me sonrió y dijo: "Hermana querida, la fragancia de tu comida llegó incluso antes de que vinieras a mí. Así debe ser, tu resplandor debe anticipar tu llegada, para que yo pueda reconocerte siempre. Recuerda que la alegría de ir hacia Dios huele tanto como la comida que me preparaste, ¿y sabes por qué? Porque mientras la cocinabas con tus propias manos pensabas en mí, y así te preparabas para servir a mi Padre.

"Si alimentáis a Su Hijo le hacéis feliz, y no sólo en este tiempo me alimentaréis a mí. Nuestros alimentos son diferentes, pero ambos están guiados por la mano del Padre y nos conducirán de nuevo a Él en las obras que hagamos. Así que querida hermana, hoy me alimentaré de tu alimento y mañana tú te alimentarás del mío, esto te lo prometo, y el Padre me confirma ahora que así será.

Llegó un momento en que las mujeres, expulsadas de las reuniones de los Maestros, me

pidieron que les enseñara las virtudes de la curación con las manos.

El Maestro me había entrenado y me había convertido en un experto en colocar las palmas de las manos en los lugares donde el mal encontraba una grieta por la que colarse.

Mi habilidad demostrada a algunos de ellos, se extendió a través de ellos, y las mujeres llegaron a ser temidas porque eran tan capaces como el hombre de imponer las manos.

Se decía que no era aconsejable que una mujer esposa y madre pusiera la mano para curar, porque el dolor podía penetrar en ella e infectar a su descendencia.

Entonces le pedí al Maestro, en gran secreto, que me diera la cura para purificar nuestra forma humana de los pecados que quitábamos a los demás.

Habló así: "María, ¡cuánto quieres saber y qué grande es tu sed de conocer los secretos de mi Padre!

Si tu corazón está desprendido del dolor de los que te importan, entonces no tienes nada que temer, y si en la pureza sientes que la presencia oscura te invade a ti y a tu alma, entonces te regalo el agua que purifica tus miembros, la misma agua que el Padre me dio a mí cuando muchos, demasiados días

tuve que permanecer con el mal que vive entre vosotros.

Un agua purificará tu pena y otra te devolverá la Luz que se desvanece.



Coloca esta piedra en tu jarra, la gris purifica y la blanca regenera tus miembros'.

Así que por la noche cogí las dos piedras con los grabados, llené dos jarras y las sumergí para que en una luna el agua se convirtiera en cura.



A partir de ese día, empecé a impartirlo a las hermanas que, como yo, se encontraban ayudando a los que no eran bien vistos por la Luz y cuyo sufrimiento se manifestaba ahora en la carne.

Algunas incluso habían enfermado de lepra, y aquellas pobres almas solitarias no tenían con qué alimentarse ni cubrirse. Así que un día me armé de valor, tomé conmigo a otras dos hermanas y me dirigí allí, al sombrío refugio.

Los que se quedaron no estaban de acuerdo y me dijeron que pecaba de presunción si esperaba volver sano.

La voz del Maestro guiaba ahora cada uno de mis pasos y yo, liberado del mal, quería que mi fe se hiciera fuerte y más firme que el miedo.

De camino a la triste cita, un hombre me paró para preguntarme si conocía al Maestro del que tanto había oído hablar a la gente. Ciego de un ojo y cojeando, se aferraba a su desgastado bastón. No sé por qué extraño instinto que no podía controlar, puse mis manos primero sobre sus sienes, luego sobre su cabeza y finalmente sobre sus ojos. Invocaba: "Padre, que vea a tu amado hijo con los dos ojos. Tiene fe y aún cojeando quiere caminar a la Luz de las huellas dejadas por Aquel que vino en paz".

Todo mi cuerpo se enfrió y al mismo tiempo empecé a sudar. Sentí frío y luego calor y corrientes que me recorrían hasta que me separé exhausto.

Tenía mucha amargura en la boca, escupí al suelo y luego dije: "Hombre, es Él quien te encontró primero porque me puso en el camino que una vez fue también el Suyo. Ahora abre los ojos y mira cómo brilla el sol, porque así se te aparecerá el

Maestro. La Luz más bella y viva que jamás hayas visto".

Abrió los ojos y dijo: "¡Ahora ven mis ojos! Ven bien el sol y a ti, mujer, que en su nombre me has curado".

Este fue el primer milagro que el Maestro realizó a través de mí, pues aquel día me había hecho Su palabra, Su mano y Su obra. También había vencido el miedo a perder la salud sacrificando mi cuerpo en Su nombre.

Al llegar a las puertas de la leprosería, el capataz nos preguntó: "¿Tienen algún pariente aquí?". "No", respondí. "Entonces, ¿por qué queréis entrar en un lugar donde nadie querría estar?" Le contesté: "Si nadie quiere entrar, no significa que no se os permita visitar a los que han sido abandonados por el pueblo. Dios no se ha olvidado de sus hijos y nos ha enviado aquí.

La puerta se abrió, pero las dos hermanas que me acompañaban al ver todas aquellas almas desfiguradas y oír sus lamentos retrocedieron asustadas. Cogí las cestas de comida y la bolsa de ropa y, sin decir palabra, entré con decisión.

La primera persona que conocí fue una mujer completamente cubierta de velos, me vio un poco desconcertada y me dijo: "¿Quién eres tú para que

con tu belleza vengas aquí? ¿Quieres ofendernos o burlarte de nosotros? ¿No temes que alguien pueda contagiarte? ¿O acaso estás tan loca como para desafiar al demonio que nos tiene a todos aquí en su infierno?" "Mujer", le respondí, "si de ese demonio quieres liberarte, no juzgues a la que viene en son de paz en nombre del Maestro, y deja que mis ojos te miren. Allí está el espejo de tu alma y la mía reconocerá para que no la mente sino nuestros corazones se hablen".

Mi mano levantó el velo oscuro de su rostro y la visión de la desfiguración no me causó ninguna perturbación, tanto que pensé que mi corazón se había endurecido como las piedras que me había dado el Maestro. La mujer me agarró con fuerza la muñeca y me la apretó.

"¡Más vigor mujer!", le respondí, "¡pon más vigor y fuerza en atacar tu mal, para que los dos juntos hagamos el milagro de la fe!", "¿cómo puedes burlarte de una mujer que hace semanas que no espera y pide al Señor de nuestros Padres que la deje volver a Él?".

"Mujer, esto no es fe, esto es tu rabia y resignación hablando; tu corazón todavía ama este cuerpo y esta carne y por eso nosotras, juntas, seremos el camino para otras mujeres que ya no

creen. Recuerda que el mal no puede seguir creciendo en un corazón y una mente puros. Ahora te daré el agua que el Maestro me dio y que Dios me perdone si estoy desobedeciendo, pero lo hago para honrar Su inmensa Gloria y que tú seas un signo de lo que Su poder sobre el hombre puede hacer.

Cogí la jarra y la rocié, y luego le hice beber.

"Ahora cambiarás tus vestidos con los míos, y lavarás tus heridas con el agua que el Maestro ha purificado.

Durante tres días marcarás tu pecho con este símbolo y recuerda que volveré de nuevo para ver si sigues las instrucciones correctamente. Si me engañas, te engañas a ti mismo, y si te engañas a ti mismo, engañas incluso al Padre de tus Padres.

Reflexiona bien sobre tus acciones y reza, para que no sólo el Padre, sino también el Hijo que Él envió para salvarnos, te salve a ti, que ahora estás más necesitado.

Me arrodillé y besé las heridas que desfiguraban sus pies.

Mientras tanto, las otras mujeres curiosas se habían reunido a nuestro alrededor y murmuraban. Casi tuve la impresión de que eran ellas las que me temían a mí y no yo a ellas.

Acababa de ganar mi prueba y ahora les tocaba a ellos eliminar la desconfianza de sus corazones. Cuando salí estaba alegre y feliz, a diferencia de mis dos compañeros que se quedaron a diez pasos de mí.

Podía leer sus mentes.

Pensaban que estaba loco o que era tonto.

"Señor perdona a los que no entienden y a los que no tienen el corazón lleno de tus signos, quizás un día muy lejano lo entiendan".

Cuando regresé, el nazareno estaba descalzo con la cabeza gacha y yo, aprovechando la ausencia de sus compañeros, corrí hacia él y le pregunté: "Maestro, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan afligido?".

Él me contestó: "Amada hermana, estabas tan atrasada con respecto a ellos como debías estarlo, y en cambio hoy, sin saberlo, les has dado una lección. Tu amor a mi Padre es verdadero, y qué verdadero lo siento en mi corazón. Hoy obtendrás lo que pediste, porque no para ti, sino para la hermana que más lleva el sufrimiento pediste la Gracia. La buscaste y la encontraste. Tienes el poder de encontrar a aquellos cuyos corazones han sido rotos por la oscuridad.

Guiarás a las almas que vagan en la niebla hacia la Luz. Ahora te doy las gracias por tu voluntad y tu fe.

En cambio, hoy en el templo, el hombre que estaba demasiado absorto en las cosas de la tierra, dio más importancia a la mercancía que a mis palabras, que entonces eran las de mi Padre. Por eso tenía en el corazón el ímpetu de la intolerancia, no por mí, sino porque le ofendían a Él, y yo hacía mal.

Al ver su mirada triste me arrodillé ante Él, tomé sus manos entre las mías y le pedí: Maestro, por favor, hazme hombre para que pueda servirte y estar cerca de Ti como ellos. Sólo deseo vivir en Tu presencia y servir contigo al Padre, que ha sido tan generoso de enviarte a nosotros.

Entonces soltó una carcajada tan sonora que me avergoncé de haberle hecho semejante petición. "María, tienes la capacidad de hacerme sonreír incluso cuando estoy absorto en la culpa de mis actos irreflexivos para quien se presentó como hijo de un Padre así".

Y justo cuando se le había torcido la boca, llegaron Judas y Juan, sus favoritos. Juan era bueno y servicial, pero Judas tenía malos sentimientos hacia mí: su gran amor por el Maestro sólo podía ser odio hacia ella, a quien el Maestro amaba.

"¡María! ¿Qué más quieres del Maestro? ¿Puede ser que siempre tengas que molestarle con tus asuntos de mujer?".

El Maestro se levantó y le reprendió:

"¿Por qué siempre atacas a Judas? ¿Qué daño te ha hecho? Creo que deberías mostrar más respeto y amabilidad por esta criatura que, como tú, es hija de mi Padre.

Entonces Judas respondió:

"Perdóneme Maestro, no tengo nada contra ella, pero me preocupa la forma en que oye hablar de usted".

El Maestro le tranquilizó: "Deja que la gente murmure, no son más que las mentes de los que no saben, y yo les dejo que se revuelquen en su maldad. Muy pronto se arrepentirán de lo que dicen. Y ahora pide perdón a María, porque mientras tú te preocupabas de las murmuraciones de la gente, ella fue a lavar las penas de los que sufren. Vosotros me seguís como ovejas, pero ella es más valiente porque camina sola, aunque en espíritu nunca lo está; yo estoy siempre con ella y ella lo sabe.

Una cosa es seguir mis dictados y practicarlos y otra seguirme y no vivir mis enseñanzas.

Ahora vete mujer y recuerda que siempre estaré aquí para cada una de vosotras, porque ésta es la

voluntad del Padre y yo, como tú, estoy a su servicio.

Era consciente de que tras aquellas palabras el resentimiento de los compañeros del Maestro hacia mí sin duda aumentaría.

Pero mientras tanto, mi amor por Él crecía en mi corazón hasta el punto de que ahora cuando pensaba en Él a menudo las lágrimas corrían de repente por mis mejillas.

Una mañana Marta vino a la fuente donde yo estaba y dijo:

"Toma las vestiduras del Maestro María, hoy las lavas; Su Madre dice que Él no cuida su persona, está flaco, cansado y con las vestiduras sucias no es digno de ir entre la gente que aclama Su presencia".

Cogí su túnica de la cesta y la estreché contra mí, creía que desprendía mal olor pero, en cambio, su fragancia había empapado hasta la tela que la envolvía.

La estreché contra mí y me dio un vuelco la cabeza.

¿Había oído también el Padre mis pensamientos y mi corazón latiendo tan deprisa?

Le pregunté: "Padre, ¿pecaré por amar tanto a tu hijo?"

¿Por qué todos me odian si los quiero tanto?

¿Tengo alguna culpa o maldición que cargar sobre mis hombros? Y si es así, ¿puedes librarme?".

Un relámpago estalló en el cielo y vi el rostro de Su santo hijo goteando la sangre de los hombres. Comprendí en respuesta que mi dolor no era nada comparado con el Suyo.

"Dios, perdóname por pedir por mí. Nunca jamás volveré a pedir por mí, soy Tu siervo y no tengo otra petición que amar en el silencio de mi corazón a Tu amado Hijo. Siento que sólo así me acercaré al Reino de Tu Gracia".

La visión desapareció y continué lavando su ropa. En el agua enjuagué todas mis ilusiones, mis miedos y mis faltas.

Al día siguiente, al amanecer, fui a ver al Maestro; había horneado el pan que tanto le gustaba y su túnica estaba limpia y lista para ponérsela. Hacía ya mucho calor, y no había tenido tiempo de vestirme y recogerme el pelo bajo el velo.

Cuando llamé a su puerta, el Maestro en persona vino a abrirme: estaba sereno y me sonrió.

Me saludó diciendo: "Entra 'María, te estaba esperando". Yo, asombrada por sus palabras, le pregunté: "Maestro, pero si no te había avisado de mi venida, ¿cómo has podido esperarme?", "Te he

llamado esta mañana y tú, que oyes mi voz, estás ahora aquí, en mi presencia, con el pan que te pedí".

Una extraña emoción recorrió todo mi cuerpo. ¿Cómo pudo traspasar el umbral de mis pensamientos y yo creer que, en cambio, era idea mía?

Aunque yo era mayor que Él, me trataba como a una persona joven e inexperta.

Se acercó, me acarició la cara y luego me rozó el pelo y dijo:

"Qué hermosos son, nunca te he visto con el pelo suelto. Tú eres a quien Dios ha elegido para guardar su secreto, y tu corazón es el cofre que lo custodiará".

No entendí sus palabras:

"¿De qué secreto está hablando Maestro?"

"No en este tiempo querida hermana, sino en un tiempo en que el secreto dejará de ser secreto, será revelado".

"No entiendo Maestro, ¿está tratando de decirme que esto es algo malo?"

"Ahora lo sería, pero no es el tiempo del que tenemos que preocuparnos, no es el tiempo nuestro enemigo, sino la nube que oscurece la visión del hombre.

María, sé siempre alegre, incluso cuando quieran robarte la alegría, lucha y hazlo por el Padre.

Si me haces regocijar, Él te devolverá no el gozo sino la Dicha, y así vivirás en Su Gloria y en Su Espíritu.

Ahora arrodíllate y reza conmigo".

Sentí que éramos como dos gotas de agua derritiéndose en la misma jarra.

El Padre era el agua y el mundo el cántaro que nos contenía.

De pronto tuve el deseo de arrojar esa jarra al suelo para que nuestras almas se liberaran y se fundieran para siempre; pero comprendí que la misión acababa de comenzar y esa jarra se convirtió en la prisión en la que millones más reclamarían Su Espíritu.

De repente me levanté y dije: "Maestro te amo tanto, por favor, permíteme acercarme a tu corazón una sola vez para que pueda tener un recuerdo tuyo que contemplar junto a tu rostro amado.

"Querida hermana, te amo más de lo que puedes imaginar. Lo que sale de mis ojos cuando te miro es el amor de mi Padre que a través de mí llega a ti. Yo soy el intermediario entre el Padre y tu alma y tú eres el testigo de cuánto amor puede recibir".

Mi espíritu estaba contento, pero la mujer sufría.

Sus manos comenzaron a dibujar el aire muchas veces, mis rodillas temblaron y me agarré a la mesa; nunca hubiera imaginado que las ondas divinas que venían de Él hacia mí como un trueno harían vibrar incluso la carne. "He aquí mujer, ahora la semilla está puesta en ti y tú guardarás el secreto.

El Misterio del Padre lo guardas tú: como el cofre no puede saber lo que contiene, tú serás el cofre de Su secreto; así es aún más seguro. Nadie posee la llave, ni te será dada.

En algún momento lejano vendré a buscarte y con la llave que me ha dado el Padre te abriré el corazón".

Volví a casa temblando y con una fiebre tan alta que temí por mi vida. Pensé en el mal oscuro, pero el Maestro me mandó decir que no me preocupara y que al cabo de siete días me curaría.

Mi miedo se disparó por las heridas que se habían abierto bajo las plantas de mis pies, pero reconfortado por la palabra del Maestro dejé que la naturaleza siguiera su curso.

Al cuarto día, cuando ya había sufrido tanto, el Maestro vino a verme.

"Querida hermana, pediste en pensamiento que acudiera a tu cabecera, y ahora estoy aquí. Sobre ti el

dolor de la enferma llevaste, y ahora que ella está curada tú estás enferma.

"Maestro, ¿cómo sabéis que tuvo la gracia de curar?" "Mujer, ¿dudáis de mis palabras? ¿No te llegó la noticia de que a la luz traías un alma enferma?" "Hasta hoy todos me han evitado creyendo que el oscuro mal me había tomado también en la carne, pero hoy Tú estás aquí y tal vez un caldo caliente de alguna mujer piadosa me remediará.

"Entonces, ¿valgo un plato de sopa? Si eso te satisface ahora y alivia tu sufrimiento, entonces estoy feliz de dejártelo".

Incluso el Maestro, en aquella circunstancia tan oscura y triste para mi alma, me trajo alegría y encontré una sonrisa adornando mi rostro ahuecado por el ayuno y el sufrimiento.

Dijo: 'Pon tus pies sobre mí, hermana, para que vea tus heridas.

"Maestro, ¿qué diría de ti el hijo del Padre que toca los pies de un pecador?",

"No es el hombre quien juzgará las obras del hombre, sino el Padre mismo. Más pecado haría yo si bajo Su mandato no hiciera lo que debo".

Incliné la cabeza y dije: "Que me perdones si he dudado de ti Maestro; haz lo que debas y te aseguro

que nadie sabrá jamás de lo que haces en nombre de tu Padre.

El Maestro me hizo marcas en los pies, luego colocó una en su pecho y dijo: "Querida hermana, ahora voy a succionar el mal para que te cures ya con esta luna y antes de que el sol pueda salir de nuevo. Cierra los ojos y finge dormir para que no sientas el dolor y no te preocupes por lo que ves".

A estas alturas, en mi cama desde hacía varios días, me faltaban las fuerzas e incluso mi curiosidad era más dócil que de costumbre. Cerré los ojos y dejé que Él me curara.

Unos dolores insoportables me recorrían las piernas, sentía que de mis pies salían cuchillas afiladas y heladas.

Apreté las uñas en los puños hasta que se desgarraron en la carne. Entonces sentí la sangre correr por mis muñecas.

El Maestro, terminado el doloroso ritual, me miró y me dijo: "María, ¿por qué te haces daño de esta manera? Abrió mis manos y vio la sangre en mis palmas; de repente Su rostro se volvió muy triste y serio.

"María, lo que tú te hiciste los hombres me lo harán a mí, pero mucho más atroces serán mis

heridas que las tuyas, pues en los días venideros tendrán que ser recordadas".

"Maestro ¿por qué alguien te haría daño?".

"Porque así está escrito; y aunque yo pidiera al Padre que cambiara mi destino, no es el mío el que debe cambiar, sino el de un hermano en espíritu cercano a mí.

En verdad os digo: si supiera que el destino humano puede cambiarse, no malgastaría su inteligencia en una acción tan vana.

"¡Amo por favor no me tenga en ascuas! Dime quién es ese que es tan malvado que quiere hacerte daño a toda costa".

"Querida hermana, te conozco tan bien que creo que sería más prudente no decir ni una palabra más, pues estoy segura de que incluso antes de que termine mi confesión, ya estarías peleando, y esta vez seríamos tres las imprudentes y no una sola.

"Maestro ahora me preocupas: siento que el llanto sube de mi garganta y me avergüenzo de afligirme en tu cara.

"¿Por qué lloras hermana querida? No hay nada que lamentar ahora, sino al contrario, alégrate por ti misma ya que estás curada y no te preocupes por una falta que es de todo el mundo menos tuya que tanto me quieres.

Mi vida podría confiártela a ti y al Padre, pero está escrito que será el pueblo quien decida sobre el que se declaró rey y acabará como un impostor'.

No pude aguantar más: "Basta Maestro por favor, te prohíbo que sigas denigrándote a ti mismo y a la justa obra de tu Padre.

¿Por qué quieres negar lo que Él hizo?".

"Yo no niego al Padre, sino que es el hombre quien, golpeándome, le negará a Él".

"Hoy has venido a curarme y en lugar de eso has puesto sufrimiento en mí. Tus palabras han sacudido mi alma y ahora he perdido el deseo de poner los pies en esta tierra donde no hay diferencia entre la víbora y el hombre".

"María, tú caminarás por la senda que el Padre ha señalado, y yo haré lo mismo, a ti te está permitido cambiar tu destino, pero yo debo aceptar la voluntad del hombre y no la del Padre, pues ahora soy carne en la tierra donde vive el hombre, y aquí rige su ley. Pero recuerda que donde yo voy, la ley de mi Padre puede estar tanto en el cielo como en la tierra, y sobre todos vosotros actúa, pero no sobre mí que soy el Hijo, y así lo ha decidido Él".

Ante aquellas palabras creció en mí la rebeldía y no comprendí entonces el verdadero sentido de la confesión, pero así había hablado el Maestro. En mi

corazón abierto por el dolor aumentó aún más el amor hacia Él.

Toqué su cara inclinada hacia mí y sentí las lágrimas.

Maestro, ¿por qué lloras?"

"Porque soy más humano que un hombre y más divino que un ángel, siempre es mayor mi sufrimiento que el tuyo".

Le levanté la cabeza y le dije:

"Tú eres mi Señor, tú eres mi luz, tú eres la llama de mi corazón y en mí siempre permanecerá encendida. Ahora soy Yo Maestro quien te dice que nuestro destino se cumplirá y sin miedo ni sufrimiento.

Nadie te arrancará jamás del cofre del tesoro de mi corazón, y si alguna vez tu destino fuera tan nefasto como lo describes, recuerda que dondequiera que vayas, tu Padre te está esperando, y tus penas, en el soplo de un instante, desaparecerán en Su gloria.

"La confianza en el designio es la clave de la fe y tú, María, la posees: hace un momento me lo has demostrado".

"Maestro, ahora ve y haz Tu trabajo, y no prestes atención a la presencia oscura que, como el cuervo alrededor de Ti, merodea.

Conocéis la verdad y sois libres, mientras que el que es esclavo de su propia exaltación será recordado no sólo en ésta, sino también por las generaciones futuras, como el que carecía de conciencia.

Se te quiere mucho y aún más en los tiempos venideros'.

"En verdad te digo, querida hermana, que no tendrás paz en tu corazón a causa de los hombres que te insultarán porque yo te he amado, y ellos, por celos y envidia, no te reconocerán.

Pero tú estarás sentado a mi derecha en un tiempo que aún no ves, y ya desde hoy ese lugar es tuyo; en la pureza de tu corazón se ha revelado la verdad.

Eres mi flor y tu perfume me distraerá del colosal desastre'.

En ese instante la voz de Pedro le aclamó y llamó a la puerta. El Maestro respondió:

"Pedro ahora vengo, lo que tenía que hacer ya está hecho; déjame volver con mis hermanos y hermanas que me esperan".

El Maestro salió, Pedro entró y dijo:

"¿Tú, mujer, lo amas tanto que quieres alejarlo de nosotros?".

"Pedro, ¿cómo podría apartar al Maestro de su tarea? El amor puro es libre, ¿eres tú quien en cambio lo adorna con tus cadenas y día tras día lo conduces a donde sólo la muerte lo salvará!"

"María, ¿cómo te atreves a insultar así?"

"¡Siento mucha rebelión contra la esclavitud del alma y sé reconocer a un verdugo! El Maestro es demasiado bueno para defraudar vuestras opresivas exigencias y os concede muchos favores, mientras que yo, por el contrario, soy señalada como la imprudente y poseída que una vez redimida quiere robaros a todos a su Salvador.

Pero recuerda Pedro: el Salvador me ha salvado tres veces, mientras que tú lo niegas, lo traicionas y lo vendes. Entre tú y yo me elegirá siempre a mí, y esto es lo que tú no le perdonas.

"Tu lengua es viperina, y tarde o temprano hasta el Maestro se dará cuenta".

"Vosotros esperáis y creéis esto, y esto quizás para muchos se cumpla, pero la flor ha florecido y no puede ser arrancada por manos impuras, sólo el Padre la levantará en el cielo cuando se cumpla el destino.

¿Ahora no ves mis lágrimas? ¿Dónde está la piedad por tu prójimo? ¿Si en tu corazón tienes envidia y desdén?

¿Que el Maestro se rodeó de los que fingen amar, para llevarlos de las tinieblas a la Luz y demostrar al Padre que el amor conquista la tierra?

Las obras para el hijo de un Padre tan grande no pueden ser comunes, y si todos somos su prueba, pues conmigo ciertamente la ha pasado, pero con vosotros, queridos hermanos, fracasará estrepitosamente.

"Si sigues hablando informaré de tus palabras al Maestro y por fin dejarás de sentirte el favorito".

Peter se fue sin despedirse.

Seguí llorando porque nunca había visto tanto odio salir del corazón de quien había sido elegido para enseñar a la gente de todas partes con el Elegido.

Ana, la mayor de mi grupo, entró y dijo: "Hemos oído que el Maestro te había curado y que ahora vuelves a estar bien. ¿Por qué estabas tan acalorado con Pedro?". Le contesté:

"Él y los demás, como ovejas de un rebaño, siguen al Maestro, no porque le amen, sino porque temen que caiga sobre ellos el castigo del Padre".

"No digas esas cosas hermana querida, de lo contrario caerá una condena sobre ti también: ciertas actitudes son castigadas y tú también te estás aprovechando de su paciencia".

"Sabed que no tengo miedo y que no soy propenso a la falsedad; les dejo a ellos llevar las máscaras de la benevolencia y ser el poseído y el rebelde. Un día lejano mi nombre será 'el afortunado', pues en mi corazón el Maestro y yo seremos uno.

Bienaventurados los que se unan a Él, porque verán el reino nacido de la victoria sobre las tinieblas del hombre. A ese reino serás llevado tú también, si no ocupas tu lugar entre los que pronto le negarán.

Llama ahora a las otras mujeres, porque mañana debemos rezar por el Maestro". "¡Qué dices María, es Él quien reza por nosotras!".

"No querida hermana, mañana rezaremos por Él, porque es Él quien nos necesita ahora, y los que le rodean no sienten cuánto está sufriendo.

Sólo exigen de Él, pero ni siquiera piensan en dar.

Entonces ella respondió:

"Si así lo habéis decidido, mañana al amanecer nos reuniremos y rezaremos en Su nombre".

"Buena hermana querida, haz lo que debas y llama a quien sabes que es de corazón".

Me encontraba muy cansado y con ganas de darme un baño, pero no había agua en la bañera y llamé a Marta".

"Por favor, hermana, ve al pozo en mi nombre, ¿no ves que necesito lavar de mí la inmundicia que en los días de mi maldad he acumulado?"

Marta obedeció y comencé a quitarme el vestido. En cuanto los cubos se vertieron sobre mi cuerpo, allí, helada, tuve una visión.

El cielo se oscureció y el Señor se enfadó tanto con los hombres que quiso abatirnos a todos. Instintivamente oculté mi rostro con las manos y por un momento temí lo peor.

Cuando volví en mí vi que no había nada que temer, por fin más serena y fresca, salí y dejé que el viento de la tarde me secara el pelo, cuando en algún momento oí que me llamaban:

"¡Hermana, hermana ven!"

"¿Qué pasa Marta?"

"He oído que esta noche el Maestro estará en casa del primo de Juana. Tiene mucho dinero y le gustaría hacer una colecta para la causa del Maestro. Dice que las mujeres también podremos asistir. Están recogiendo ofrendas para las obras que al Maestro le gustaría hacer".

"¿Qué tipo de obras?"

"Dad de comer al hambriento y luego proveed de medicinas al enfermo, de ropa al desnudo, y así sucesivamente. Ya sabéis cómo es el Maestro, no se

inclina por la opulencia, pero le gustaría vernos a todos en la abundancia de la fe y en la riqueza de Su Corazón. Así que vístete que ya casi es la hora".

Todavía no me había librado del todo de mi enfermedad y mis pies me impedían caminar con firmeza, así que le pedí a nuestro padre que nos prestara la mula.

Estuvo de acuerdo y dijo:

"No vuelvas muy tarde, los bandidos andan por ahí cuando está oscuro y si nadie te acompaña, no sales de casa".

Luego me volví hacia Marta:

"Anda Marta, por favor, pídeselo a Juan; él de todos es el único que no me desea mal. Sabe que al Maestro debo lo que soy ahora, y aceptará conducirnos a donde la Gracia del Maestro se manifieste de nuevo."

Entonces Marta se dirigió rápidamente al círculo de devotos del Maestro, pero al no encontrar allí a Juan a su regreso, le dije:

"Esta noche desobedeceremos a nuestro padre, pero será por una causa justa y ya verás como mañana nos habrá perdonado".

Me adorné con lo que tenía como dote heredada y me fui con Marta a la casa donde el Maestro

vendría a traer la palabra, que tanto deseaba volver a oír de sus labios.

Estaban todos menos uno, y miré varias veces a la puerta para ver si venía; desde ese momento tuve claro que había algo oculto.

El Maestro empezó a hablar:

"¿Queréis la palabra del Espíritu Divino o la palabra del hombre, que nada tiene que ver con los engaños del poder?"

En el más grave silencio tomó el agua y dijo:

"Ahora lavaos de vuestros pecados, y sólo después de purificados hablará alguno de vosotros de lo que diga el pueblo; de lo contrario, más vale que guardéis silencio, porque de lo que trama el hombre a mis espaldas, mis oídos no quieren oír.

"¡Amo!" Una voz se alzó. "¿Quién está conspirando a tus espaldas?"

"Pronto, muy pronto lo sabréis, pero hasta que no se cumpla el destino no me creeréis; sin embargo, os he dado muchas señales, quizá demasiadas, y no estoy aquí para hacer alarde de poderes ocultos, sino sólo del nuevo camino que a través de mi fe y mi amor os concede ahora el Padre.

Todos os encontraréis ante una encrucijada. Algunos optarán por la derecha, por el camino

recto; sin embargo, a la hora del juicio, el veredicto hará que muchos se vayan por la izquierda. Pero recordad que mi Padre os da aún poco tiempo, y si al principio el camino paralelo os parece idéntico al derecho, os apartará de mí, y entonces os arrepentiréis.

"¡Martha, yo sé de lo que Él habla, pero nadie lo entiende! Tú sólo quieres pruebas de Él, ¡pero nosotros no queremos hacer nuestras propias pruebas!".

El Maestro continuó:

"Mientras yo te guíe, caminarás, pero cuando me detengan, en ese momento caerás, y lo que más me entristece ahora es que mi nombre será recordado con dolor y culpa.

Al contrario, mucha alegría podría haberos dado si vuestros corazones se hubieran abierto a las palabras que a través de mí os traía el Padre.

Nuevos caminos para el bien y nuevos tiempos para alegrarse;

pero aún es pronto para que recojas los frutos de esta semilla que soy ahora.

La tierra es demasiado estéril y no es culpa vuestra sino de los tiempos, que aún no son fructíferos, a merced de la ignorancia y del velo, que aún oscurece vuestras mentes.

Larga será esta batalla, pero os prometo ahora, y aquí ante todos, que si en este momento he fracasado, os esperaré en otro momento, donde saldré victorioso y no vencido como ahora. Amados hermanos, ha llegado la hora de partir el pan y de festejar; de este modo, el recuerdo de la hora triste se hará aún más duro, comparado con este día".

"Maestro, ¿pero no tenemos que rezar primero a tu Padre?".

"¿Para qué rezas si no le escuchas? Pierdes el tiempo que podrías emplear en hacer cosas más buenas y justas".

Maestro, enséñanos entonces a rezar, si aún no somos capaces, significa que necesitamos ser instruidos", "no es instrucción lo que te falta, te sobra, y sin embargo sólo la pides siempre. Pero ahora la balanza está toda de un lado y no lo entendéis.

"Maestro ¿cómo hablas con tu Padre?".

"Hermano en espíritu, cuando me siento en absorción no hablo, escucho. Es Él quien habla. ¿Cómo podría realizar Su obra si no le escuchara? Esa es la razón por la que amo no hablar sino hacer, para que Su obra pueda realizarse; al hablar a menudo se atasca y se vuelve como la piedra que está fija y no se mueve. Entonces llega el día en que

incluso la piedra tendrá que avanzar y será empujada por la corriente que la llevará a donde debía ir.

Ahora, hermano, imaginad que sois las piedras, yo soy el agua que lava el pecado, la corriente es vuestra fe, y mi Padre es el mar que os espera".

"Maestro, ¿pero cómo podemos tener la fe que usted tiene?"

"Amado hermano por la forma en que preguntas está claro que aún no tienes fe. Si tu corazón estuviera abierto para recibirme, ahora ya serías como la ola que sube del mar y rompe en la tierra.

Y, sin embargo, sigues sin poder ver con tus propios ojos porque sólo quieres llenar tus oídos.

No es lo que entra por tus oídos lo que te hace hombre ante el Padre, sino lo que sale de tu corazón. Y del corazón sólo puede salir una cosa, y sólo eso no puedo enseñarte, aunque yo sea el ejemplo de ello.

Pero os ruego ahora, queridos hermanos, que salgamos, y recordad ahora y siempre que la revolución que esperáis de mí está en vuestros corazones y no en la tierra que ocupáis. Allí plantaré mi semilla, pero la tarea de regarla con amor, fe y paciencia es vuestra y no mía, porque pronto, muy pronto, volveré de donde vine. ¡Salgamos a festejar y

a celebrar! Que llegue la alegría y no la amargura a mi Padre, ¡así no se le da gracias!".

Todos salimos al patio, donde las mesas ya estaban adornadas con la comida, las luces y las numerosas flores. Judas también llegó, tarde como solía ser costumbre, y aquella noche le tocó recoger el dinero en nombre del Maestro.

No había podido reunir mucho, pero yo también estaba allí para dar mi homenaje, así que me acerqué a él.

"¿Sigues aquí mujer?"

Le dije: "Yo también quiero hacer un regalo al Maestro para que pueda seguir difundiendo su creencia y ayudándonos a las almas miserables que no le escuchamos. ¿Qué estás haciendo? ¿Predicas ahora? ¿Utilizas las palabras del Maestro para hechizarle mejor?".

"Judas, de nada te sirven entonces todos tus conocimientos, si bastara ser mujer para ganarte el favor del Maestro... sin embargo, debes saber que Él te ama como me ama a mí, pues a todos nos ama por igual, somos nosotros los que le amamos de manera diferente. Hay maneras que no salen del corazón sino de la mente, y esas Él las rehúye, pero si en tu corazón estás dispuesta a ofrecerte sin el apego que ahora muestras, ese amor con Su ayuda

se hará más puro y estará listo para llegar a Su Padre".

Pero él continuó con su sarcasmo: "¿Quién eres tú, mujer, que te atreves a sermonearme? Vete a casa a cocinar, que tu padre te espera".

Tiré mi dinero al suelo y salí corriendo y llorando. No me volví y nunca supe si Él los recogió. No quería que mi mortificación interior se manifestara allí, delante de todos y sobre todo ante Él, a quien ya no podía ocultar nada. Rápidamente me di la vuelta.

En la parte trasera de la casa, un camino conducía al campo de viñas; la luna y las estrellas brillaban aquella tarde como nunca las había visto y di gracias por la belleza del cielo.

Volví los ojos al cielo y extendí también los brazos: "Padre, Padre mío tómame ahora, déjame resucitar en Tu Gracia, ahórrame el dolor y el sufrimiento que ya he visto; mi corazón no lo soportará y en mí crecerá la semilla del odio, no hacia Ti, sino hacia el hombre que me privará de Tu hijo amado y de mi amor.

Ellos mancillarán mi nombre, pero elevarán el Suyo, y éste será mi sacrificio: yo seré el malo y Él el bueno, y por culpa de ellos, el mal querrá siempre pisotearme. Pero Tú, Altísimo, conoces la verdad,

pues sabes que en mi corazón no hay amor más grande que el que siento hacia el Padre y hacia el Hijo, y ahora Tú lo ves".

Caí al suelo y sentí que mi cuerpo se volvía ligero como una pluma. La luna se convirtió en un gran sol y caminé hacia Él, hacia el sol y su Luz.

Una voz reconfortante me dijo: "Mujer, tu corazón es grande y tu capacidad de amar y ver más allá también, pues eso es lo que les falta, quieren robar lo que no tienen y si no lo tienen te denigran.

Recuerda que la Luz es como la miel para las abejas oscuras, serás tan amada que cuando mi hijo te salve, salvará al mundo de sí mismo.

Ahora vete, más pasos debes dar antes de llegar a este sol, pero recuerda que quien camina hacia el sol es uno de sus rayos o un alma iluminada por su Luz constante.

"¡Hermana, hermana!" Era la voz del Maestro llamándome.

"Mi Padre dijo: ve con María, y por eso estoy aquí ahora. ¿Qué te pasa?"

"Maestro, tuve algo malo, pero luego algo bueno borró lo malo y ahora usted está aquí y todo está en equilibrio".

Me dijo: "María, si lo que buscas es equilibrio, yo te lo daré.

El Maestro se tumbó en el suelo y me exhortó:

"Ahora querida hermana, acércate y no temas. Acuéstate cuidadosamente sobre mí y deja que las siete puertas de tu alma se abran sobre la mía, para que el Padre haga que la Luz entre en ti y seas bendecida por Sus signos que a través de mí y por Su mano siempre realizo."

Con tal angustia, como si yo fuera el profanador de un terreno sagrado, pues nunca se me hubiera ocurrido hacer tal cosa, me recosté sobre Su sagrado cuerpo. Mi frente, mi garganta, mi corazón, mi vientre e incluso mi feminidad y Su masculinidad estaban ahora dispuestas como Él pedía, y el rito tardó poco en cumplirse.

"Ahora puedes levantarte; lo que el alma pida al alma le será concedido, pero recuerda pedir siempre de corazón, de lo contrario la petición en lo alto no llegará. Por eso a veces hay que sufrir, para que el corazón que no se había abierto, aprenda así a hablar con honestidad y sinceridad".

Le pregunté: "¿Qué me han hecho Maestro?".

Él respondió: "Tu aflicción ha sido eliminada y el Padre te ha unido a Su Luz.

"¿De qué manera lo hiciste?"

"Hermana, yo soy la Luz que ilumina el mundo y ahora tú estás unida a mí. Pero mi Luz cuando se

refleja sobre todos vosotros es demasiado poderosa y deslumbrante y os cegaría. Por esta razón el Padre la ha dividido en los rayos del arco iris que después de la tormenta en la tierra vienen. Si ustedes tampoco hubieran tenido su tormenta ahora no habrían recibido su arco iris. Como ya os he dicho repetidas veces, cuanto más amáis, cuanto más abris vuestro corazón, más espacio hacéis para mi Padre, y más sabiduría pone Él en vosotros. La sabiduría, la verdadera sabiduría, el conocimiento de todo el Universo está contenido en esa semilla que Él ha puesto dentro de tu corazón. Si abren eso, la verdad comenzará a fluir a sus mentes. Querida hermana ahora aprende estas señales que aquí en la arena te escribo y marca allí en los lugares que ahora te señalo.

Haced esto en memoria mía, para que vuestro arco iris siga brillando para vosotros y para mi Padre. Esto me ha pedido y yo, su humilde hijo, he obedecido".

以て是れを以て
以て是れを以て
以て是れを以て
以て是れを以て
以て是れを以て
以て是れを以て
以て是れを以て

Yo le estaba inmensamente agradecido y le respondí: "¡Gracias, Maestro! Permíteme hacer algo para recompensarte por tan inmenso regalo.

"María, un día tu mano revelará a aquellos que desean conocer la verdad, pues cuando ahora hablo

nadie escucha, o mejor dicho, escucha con los oídos pero no con el corazón, y muy pronto verás a dónde conduce esto.

Llegará un momento en que en el caos que habrán generado las mentes la verdad pasará desapercibida y no tendréis nada que temer'.

"Gracias mi Señor por creer en mí y en mi amor; muchas cosas todavía no las entiendo, pero un día quizás las entenderé más".

"Nos veremos pocas veces más, pero recuerda que mi Padre te dará siempre lo que pidas, para que lo emplees en la ayuda y socorro de las almas perdidas".

"Acepto lo que ahora dice Tu Maestro, hágase Tu voluntad, y me hará feliz".

Volví a besarle, pero esta vez en las manos; cuando las movió quedé encantada y sólo deseaba dar gracias a las manos de mi Señor, esas manos que tantas obras hacían.

De camino a casa recordé el beso en mi boca, luego en mis manos, y ahora echaba de menos sus adorados pies; Una vez en casa me retiré a mi habitación y cuando se produjo la visión toda mi alma se estremeció.

En la cama estaba agitado, mi padre estaba enfadado y sentía fuerzas extrañas que se oponían a

mi sueño. Se había levantado un fuerte viento y cuando esto ocurre todo resuena y se convierte en un gran temblor.

Después de pensar en mi Maestro durante mucho tiempo, me quedé dormido.

El sol seguía brillando en lo alto de mi sueño y yo bailaba con mis pies descalzos en su Luz: y cuanto más bailaba, más avanzaba hacia él, hacia su Luz, hacia el sol. De repente, una gran nube negra, tan grande que nunca había visto una igual, oscureció el sol y todo el cielo.

Empecé a caer en el abismo, el frío y la escarcha me invadieron y fui arrojada a la tierra por el viento. Mi vestido blanco y níveo era ahora gris, sucio y estaba todo desgarrado. Cuando levanté la cabeza y miré hacia arriba, entonces tuve la horrible visión.

Vi los pies del Maestro sangrando, pues habían sido traspasados por la crueldad del hombre.

Grité: "Maestro, maestro, ¿qué te han hecho?"

Pero cuanto más intentaba avanzar, más sentía que alguien me frenaba.

Los soldados me impedían ir hacia los pies de mi Maestro.

Era inútil gritar con todo el aliento en la garganta.

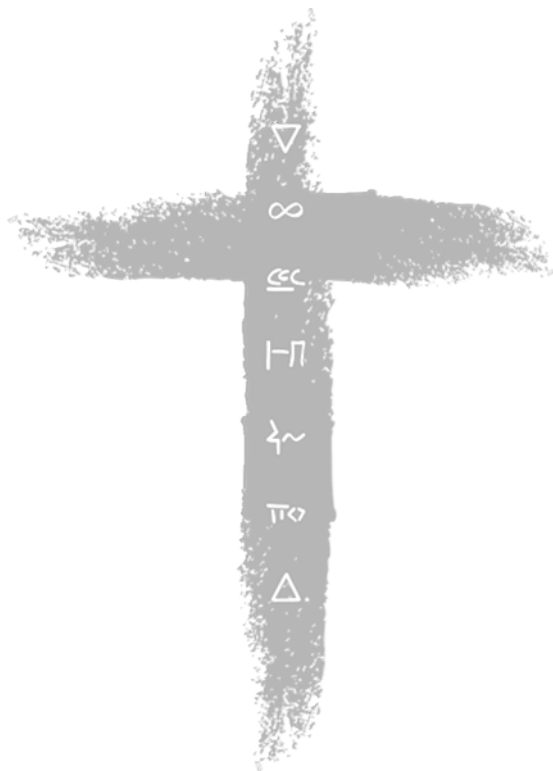
Levanté la cabeza y le vi colgado de una cruz, muriendo solo.

Pero, ¿dónde se habían metido todos?

¿Por qué estaba solo?

Me volví y vi el camino por donde Él había caminado, en sus huellas aún quedaba mucha de su sangre. Así que corrí allí y de rodillas comencé a limpiarla con mi túnica; procedí ansiosamente queriendo hacer lo que me estaba prohibido.

Y oí una voz que se dirigía a mí desde la cruz vacía, pero con estas señales: 'Buena hermana querida, sigue mis pasos: siguiendo mis huellas y aliviando mis sufrimientos, un día llegarás a mis pies y completarás tu obra.



Me desperté empapada en sudor y con el corazón latiéndome tan deprisa que tuve que llevarme las dos manos al pecho para que no me estallara.

Después de cada regalo viene la triste recompensa.

Me diste el sentimiento y también el ver, pero no pensé que debía ser tan doloroso ver Tu destino.

"Dios, ¿qué le estás haciendo a Tu Hijo? ¡No! La pregunta es otra: ¿qué le estamos haciendo nosotros a Él?".

Escribo como me ordenó el Maestro en secreto; escribo para mí y no para los demás, para que un día sólo yo pueda recordarlo.

Cuando me desperté, me di cuenta de que carecía de la fuerza necesaria para, al menos, levantarme de la cama.

Mis miembros estaban tan cansados como nunca los había sentido. Con mucho esfuerzo me acerqué al manantial y sumergí allí los pies para luego lavarme, esperando que el agua aliviara de algún modo la angustia que se había apoderado de mí.

¿Qué sacrificio se le puede pedir aún a una obra si la propia obra acaba en el peor de los destinos?

Estaba muy confuso sobre qué camino tomar. Todavía me asaltaban la rabia y la rebeldía, pero ahora aún más fuertes e irreprimibles que antes parecían ser mis emociones.

En una jaula me sentí y encerrada, encerrada, y hasta en mí misma me hundí, nadie podría en aquel momento aliviar mi dolor. Nadie y ni siquiera el Dios que amaba por encima de todo podría haber borrado un estado que más que Gracia podría haber llamado una gran e indecible desgracia.

"¡María!", oí que me llamaba una voz de mujer, "¡Se hace tarde, la oración! ¿No te acuerdas? Las mujeres están esperando. ¿Qué hacemos?"

"Ya voy, un momento más, por favor dame un momento, para que pueda volver a este mundo que ahora es tan oscuro para mí como nunca lo he visto".

Me arrastré hacia la casa frente a la cual me esperaban una docena de compañeras, las más devotas y fieles a las palabras del Maestro. "Mujeres, no me hagáis caso ni a mí ni a mis vestiduras, sino reuníos en silencio, porque algo muy horrible pronto, muy pronto, nos espera a todos.

El Maestro también habla de ello, y nada podemos hacer sino apoyarle con amor, devoción y oración, pero que sea con el corazón, de lo contrario no llegará a Él, y de nada servirá nuestro tiempo. Primero de todo junta tus manos delante de tu pecho como te muestro, y luego déjame bendecirte con los signos que el Maestro me ha dado.

Paso a paso hice lo que el Maestro me había mostrado y oí muchos comentarios susurrados. Los marqué en la arena y dije: "Queridas hermanas, lo que oís es Su Gracia, no soy yo quien está haciendo el trabajo, sino Aquel a quien mi mano está guiando.

Aprende Sus signos, y hazlos en memoria de Él.

En ese momento vi venir a una mujer, a la que no reconocí de lejos.

Cuando estuvo cerca entonces se descubrió la cara y vi heridas en su rostro. Era la enferma a quien yo había dado el agua del Maestro.

Arrojándose sobre mis rodillas me dijo: "María, bendita seas por lo que me has hecho. Tres días esperé, una y otra vez, y al ver cambiado mi destino salí del lugar de castigo y a la puerta de la casa me presenté a mis hermanos. Al principio no me dejaron entrar, luego me vieron y clamaron por un milagro. A ti vino uno de ellos, pero tu padre respondió que estabas enfermo, y además gravemente. La culpa me corroía y cuando supe que aquí era el lugar de oración por el Maestro, no pude contenerme más y vine.

"Hermana levántate y siéntate con los demás. Ahora serás la promesa de que si ellos también, como tú, tienen fe, sanarán, y no sólo el cuerpo de los dolores, sino también de los que el demonio oscuro del mal actuar y pensar pone dentro de nosotros.

Somos la energía del Creador a la par de los hombres y podemos en Su nombre crear más que ellos. Que tu vientre sea fecundo y portador de paz, amor y devoción a Dios que obra el milagro del

nacimiento a través de nosotras. Dios no ha dado al hombre la misma gracia queridas hermanas, nos teme y quiere mantenernos a todas bajo su bota. Pero recordad que es sólo su fuerza y no su superioridad lo que nos mantiene en sus garras. Y es la única manera que tiene de controlar lo que tanto teme y al mismo tiempo tanto desea. Ahora Dios Padre nos ama más que ellos, pues sabe que mucho es el mal que todos tendremos que soportar.

Por eso nosotros, los únicos que comprendemos el sufrimiento del maltrato, estamos mucho más cerca de su Hijo.

Estos signos y oraciones me los dio en secreto: te ruego, pues, que los recites en Su nombre y luego en tu corazón, siempre y para siempre".

Junté las manos y recité con ellas, y como música se elevaron nuestras oraciones en el cielo. Y a medida que el corazón se abría más y más, oía Su llamada:

"María ve a Él, Él te quiere".

Entonces dije:

"Hermanas, estad quietas; yo debo ausentarme, pero vosotras continuad con lo que estáis haciendo, para que Él oiga".

Me puse en camino y mi paso tomó rápidamente la dirección que me llevaba a Él, aunque yo no lo sabía. Llegué hasta Él y vi que me estaba esperando.

Una luz inmensa le envolvió: ciertas cosas, una vez vistas, el alma no puede olvidarlas nunca jamás.

Recé a Dios en mi interior:

"Padre, Padre, alabado seas por tanto amor que me muestras. Ahora todavía no soy digno, pero hoy te prometo que dedicaré todo mi tiempo a completar esta obra en Tu nombre.

"¡Aquí estoy Maestro!

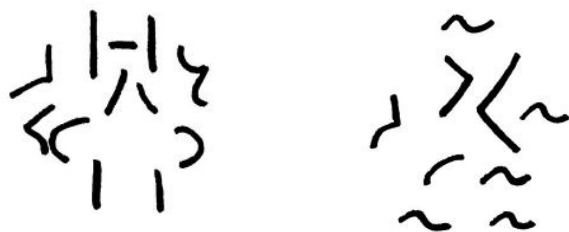
Me oí llamado por la voz de tu Padre, y ahora estoy aquí, para que realices la obra que siento tan pesada y agobiante de la que nadie puede levantarte.

Mis manos están vacías, pero mi corazón está lleno de esa sustancia que, como néctar fértil, otras flores despertará; hazme tu discípulo amado, tu corazón es demasiado claro para que no lea en él'.

Escribió sus signos en la arena y así habló:

"María, tu perspicacia está tanto en el corazón como en la mente y captas donde mis compañeros aún brillan en sus ojos.

El Padre habla con estos signos. Éste significa alegría, éste compartir y éste armonía y comunión. Me ves hacer tantas cosas pero es Él quien actúa y mueve mi mano.



Esto es para ti. Márcalo delante como hago yo con toda la mano tres veces, te protegerá.



Y si aún te duelen las piernas o los pies, colócalos sobre este paño. Si quieres, dáselo también a las otras hermanas, pero que sepas que mis señales serán siempre más poderosas que las tuyas, porque vienen de mi Padre.

Luego me entregó un rollo de pergamino y me pidió que lo escondiera y no se lo contara a nadie.

Sacó arena y me dio instrucciones.

"Querida hermana, pienso en lo oneroso que te resultará pagar esto en el futuro. Pero no es tu voluntad, sino el deseo de restablecer un equilibrio en el que mi Padre, desde el principio, se equivocó: por eso en Su nombre he venido.

He venido a la tierra para daros señales del Padre y reparar un daño.

Pequeño parecía, imperceptible, pero en verdad os digo que la mujer y el hombre no recibieron la misma gracia para hacer Su voluntad. Para que la obra justa se cumpla, incluso el equilibrio correcto debe residir en el hacedor.

Todos somos a Su imagen y diseño, pero recuerda que para todos los males siempre hay remedio.

Ahora su obra cambia y mañana volverá a cambiar, y en el mismo cambio se peleará mucho de lo bueno y de lo malo.

Uno dirá: "Yo Padre soy mejor", y el otro también lo repetirá, hasta que se libren guerras por todas partes en Su nombre, e incluso dentro del hombre las dos fuerzas lucharán entre sí, una vez una prevalece y la otra sucumbe y viceversa.

Yo soy el camino y el equilibrio y te muestro cómo en el corazón se cumple tu paz porque es ahí donde vivo.

Cuando llevas tus manos al pecho, allí despierto y de mi paz te hago un don. El misterio de la fe se hace sencillo para ti, mujer, que todo lo consientes, pero no para los hombres, que en contiendas y disputas así lo quieren resolver.

Dirán que sois malos, pero en vosotros pongo el bien, y lo defenderéis, porque el Padre os ha dotado de armas que el hombre no ve.

Ten cuidado con cómo hablas, porque se aferrarán a eso, pero nunca mientas a tu corazón, donde yo descanso, de lo contrario se apartarán de nosotros'.

"Maestro, ¿cómo puedo mentirte?"

"Si te mientas a ti mismo es a mí a quien mentirás; sentirás un nudo en la garganta y te darás cuenta de que algo en ti está pasando.

Y no desees siempre esa Luz, de lo contrario te distraerás demasiado con las cosas de la tierra y aumentará tu fragilidad, mientras que más fuerte tendrás que ser para defender lo que hay de sagrado y puro en ti.

"Gracias, mi Señor, por pensar en mi salvación mientras la tuya ahora está perdida".

"Nada está perdido. La semilla está puesta y cuando parte del trabajo esté hecho, que se cumpla su destino, que será el hombre en conciencia quien dirija las fortunas. Ahora me ofrezco, y que se haga pronto la voluntad del hombre, que este castigo es duro." "¿Qué puedo hacer, alma humilde, que la grandeza aún no comprende de la obra de tu Padre?"

"Tú en tu corazón estás cerca de mí mientras nadie piensa en el hombre necesitado de consuelo; todos piden, pero tú María sabes dar y compensas su falta".

"Maestro, en ti veo mi dolor y mi alegría deseo llevar para que en tu camino no sólo pena y gloria, sino también consuelo y piedad por quien intachablemente sufre en nuestro lugar.

Tomó mis manos, diciendo: "Ahora dame tus manos que tantas almas consolarán; déjame darte la Gracia que es también un poco mía para santificar al Padre. Colócalas sobre tu pecho y respira profundamente, pon los dedos así y luego colócalos desde el cielo hacia la tierra y piensa en mí cuando hagas estos dos gestos".

"Maestro, un perfume intenso impregna mi alma y me siento envuelto por ti".

"Enseña a las hermanas que ahora rezan por mí cómo se restablecerá el equilibrio; también ellas sentirán: éste es mi don para ti y para los que tienen fe.

Tiempos oscuros, largos serán, pero en la eternidad de la Conciencia nada está perdido, aunque ahora lo parezca a tus ojos".

Le di al Maestro una rosa roja que había recogido pensando en Él.

"He aquí Maestro la rosa que de mi corazón sale; cada pétalo es una caricia a Tu corazón. Yo soy la Rosa, Tú eres su perfume, lo rojo es la sangre que la baña, y las espinas el mal que del hombre procede".

"Gracias querida hermana, aquí en esta montaña lo plantaremos, pues es aquí donde terminará mi camino".

Rompí a llorar a gritos y me arrojé a sus pies, diciendo: '¡Entonces aquí quiero besarlos! Porque ese día no me lo permitirán. Si el dolor es lo único que podré compartir contigo, entonces lo quiero todo sobre mí, porque te quiero demasiado más que a mi propia vida.

"María, cada uno tiene su propio camino; la voluntad del Padre es también la tuya y no hay nada que yo pueda hacer para cambiar lo que escribes.

"Siento alegría y dolor en mí y mis manos se entrelazan. Han decidido hacer este viaje juntos y es tremendo cuánta alegría y amor siento ahora y al mismo tiempo también desesperación, rabia e impotencia".

"Queda poco tiempo, dejadme hablar con Juan, para que os proteja de esos lobos que como ovejas me siguen. Algunos buenos de corazón y de alma son, pero otros por mis obras y señales han sido tomados y no por mí ni por el amor de mi Padre.

María, la envidia y la pereza siempre estarán a tu alrededor.

Refúgiate, pues correrás riesgos después de que las fuerzas del mal hayan hecho lo que debían.

Pero recordad que la batalla que ellos creen ganada no es más que una de tantas: En verdad os digo que un día muy lejano Mi Padre hará estallar la verdadera guerra. Ahora volved a casa porque aún hay alguna misión que pedirme.

Calma tu mente y estate en paz: si tienes paz en tu corazón, yo la sentiré.

Su palabra se guía por la mía, pero es demasiado cierta para gustar.

Para todos ellos los halagos del tonto son más bienvenidos, por lo que su imperio interior aumenta

y cuanto más bellos e importantes a los ojos humanos se harán a sí mismos.

Nosotros, humildes siervos, pareceremos a sus ojos buscadores de castigo, y por el contrario ellos darán castigo.

En verdad, quien causa dolor y daño, con el mal hace la obra; quien lo recibe, lo devuelve al Padre, y Él, que no es ciego, lo devuelve a quien lo causó. Esto forma parte de la ley de mi Padre: si honras a tu prójimo de corazón y no de mente, entonces el Padre te honrará con muchos privilegios".

Con pesar dejé allí al Señor de la Luz, el inmenso y verdadero, el que nunca volví a ver.

Llegué a casa y mi padre me dijo: "María, Marta y Sara te buscaban, tuya era la tarea de preparar la mesa. Ahora es tarde, ¿qué podemos hacer?".

Yo le respondí: "Padre, tú quieres tener el estómago lleno, pero es el alma lo que debes alimentar; el alimento que necesitas no es de esta tierra y debes apresurarte a recibirlo porque pronto desaparecerá."

"¿De qué comida estás hablando?"

"Padre, el Hijo de Dios estuvo aquí para alimentarnos, pero preferimos un plato de sopa sazonado con su sangre, en lugar de la Gracia que Él todavía puede darnos a todos nosotros".

"María, hablas como una divagante, ¿estás enferma? ¿Tienes fiebre?"

"No padre, estoy sano de cuerpo y mente; los enfermos son los que lo negarán, y por ese mal no sufriría en su lugar la cura que del castigo del Padre nos vendrá a todos".

"María vete a cocinar porque si no con la barriga vacía no tendrás fuerzas para seguir hablando".

Nada más entrar en casa vi que la olla estaba en el fuego y me pregunté qué habrían hecho Marta o Sara. Cuando vinieron hacia mí, les hice una confidencia.

"María, ¿cómo puede el Maestro decir esas cosas a una mujer?"

"El Maestro no ve que el hombre y la mujer sean diferentes, ve nuestro corazón, y si el justo está abierto, le habla, y al hacerlo lo abre aún más. Tú Sara, eres una hermosa flor, pero también te entregas al pastor que no entiende nada de ti; no debes ofrecer tu perfume a quien sólo quiere humillarte. La flor es delicada y debe ser protegida.

Sólo se nos ha enseñado a obedecer. Pero al único que debemos rendir cuentas es a nuestro corazón y al amor que habita en él".

Ocupamos un lugar en la mesa y las dos se sentaron conmigo. Marta a la derecha y Sara a la izquierda.

Les dije: 'Queridas hermanas, vuestros corazones tienen mil pétalos de bien en ellos: vosotras Marta, para encontrar el bien encontraréis el mal, y vosotras Sara, del mal seréis encontradas, pero el bien os salvará. Ambas tenéis una tarea y esto haréis. El hilo que ahora nos ata, en otro tiempo aún nos atará, pero será el amor a Aquel que vino en Paz lo que nos hará recordarlo. Sois como mi mano derecha y mi mano izquierda: no sabíais cocinar y sin embargo hoy, juntos, habéis preparado una buena sopa y por ello os estoy agradecido.

Después del banquete me retiré a mi habitación, pedí a Dios que me revelara qué plan estaba manifestando en la tierra, que estéril como el desierto esta semilla no quería recibir.

Así comenzaron mis visiones y mucho, mucho supe de la obra divina, pero de esto no quiero revelar.

Mi oración se elevó tan alto, que lágrimas como perlas resbalaron por mi pecho ardiendo de amor al Padre y al Hijo.

La verdad es a veces tan cruda y dolorosa, mientras que, por el contrario, la mentira que puede engañar y confundir la mente es dulce y alegre.

Es más fácil entregar nuestra alma al demonio de la corrupción, porque el Padre de nuestro corazón ya la posee.

Y cada vez, nosotras las mujeres, todavía vendidas como esclavas, somos las víctimas más frágiles junto con los débiles de la tierra.

Abrumada por las visiones, ya no sabía qué hacer; también veía mi destino y sentía que me faltaban fuerzas para afrontarlo.

Así que le pedí al Padre que me diera lo que necesitaba para ayudarme a mí y a los demás.

Pasaron más días hasta que volví a encontrarme con él.

El Maestro apareció en el patio de mi casa y a través de la ventana lo vi.

Marta se acercó y lo llevó detrás, donde estaba el pozo y había mucha más sombra.

Me acerqué y escuché las palabras del Maestro: "Tú, Marta, eres como este pozo; tu agua es clara si la sacas a la superficie, pero si la miras de cerca, es oscura y profunda como el abismo. Eres una cosa y eres la otra, según quien te mire; tanto trabajo sería

necesario para sacarte a la superficie, porque siempre quedará mucho debajo".

Me acerqué y oí estas palabras: "Yo podría salvarte, pero ¿quién te salvará de ti mismo?"

Marta le preguntó: "Maestro, ¿qué debo hacer?". Y Él le respondió: "Abre tu mente a tu corazón y no al revés".

Amo", le llamé:

"¿Por qué estás aquí?"

Escuté atentamente su rostro y no le reconocí. No estaba en él, y en sus ojos leí muchas cosas.

"Maestro, has cambiado, ¿qué te está pasando?".

Casi transfigurado e irreconocible, ahora veía el mal y no el bien.

"María, yo soy el Cordero de Dios que quita tus pecados, mira cómo me reduzco, todo tú en mí pasa, y luego allá arriba al Padre, adonde iré, entregaré tus pecados".

"Amo", dijo Marta, "entra, ven conmigo, ¡te puedo hacer mejor!".

Marta también me pareció extraña y también leí la maldad en sus ojos. Se marchó, aceptando la invitación, y yo me quedé delante de la puerta.

"Maestro ¿qué estás haciendo? Tú no eres lo que eres, por favor vuelve a Ti mismo, ¿quién es tu dueño?"

Toma mi mano y te curaré con la fuerza de mi amor puro, como tú lo hiciste conmigo.

Me miró pero sin verme, mientras Marta sonreía, y yo me quedé en medio del loco plan urdido por la oscuridad.

Entonces corrí hacia el pozo y dije: "¡Si entráis, me tiraré donde nadie pueda salvarme!".

Pero él, incluso ante esta amenaza, parecía indiferente. Así que subí al borde y me dispuse a saltar.

Gritó: "¡Para! Pero yo, desesperado, cerré los ojos e hice el gesto de soltarme.

Entonces volvió a gritar, pero esta vez todo empezó a temblar y se desmayó. Corrí hacia Él y le llamé una y otra vez, pero Él no quería volver aquí a la tierra, así que le supliqué:

"¡Maestro dame algo de tu maldad! Has salvado a todos, pero ahora no puedes salvarte a ti mismo. Vuelve aquí, te lo ruego, la obra aún no ha terminado, y así no perecerás, huyendo de lo que el destino en su libro ya ha trazado.

Abrió los ojos y dijo: "María, lo he oído todo, hágase la voluntad del hombre porque así está escrito". Le ayudé a levantarse mientras llegaba Juan.

El Maestro le dijo: "Juan, esta mujer te la confío; protégela de los que quieran hacerle daño, su alma

es pura pero no es tan fuerte como parece. Ella es para mí, pero no para sí misma. Cuando vuelva a mi Padre, nunca estará sola".

Y Juan le tranquilizó: 'Está bien amo, le prometo que ahora y siempre velaré por ella.

El Maestro me abrazó fuertemente, pero ya no estaba aquí, su alma estaba en otra parte; tal vez se preparaba para la agonía, y yo, que hubiera dado la vida por Él, ahora en un grito desesperado me derretía.

"¡Martha vete, eres débil y le has hecho débil cuando en su lugar necesitaba fuerza!

Y por eso todos debemos ofrecerle lo que más apreciamos. Yo le entrego mi corazón, para que Él llegue al Padre y lo guarde con el Suyo, hasta el momento en que yo vuelva a Él.

Esta fue la última vez que el Maestro me habló, aunque tuve su visión, pero no me creyeron; y sin embargo Él me habló de nuevo...

Del Evangelio de Juan.

"Maestro, esta mujer fue sorprendida en flagrante adulterio. Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a mujeres como ésta.

¿Qué te parece?"

Esto lo dijeron para ponerlo a prueba y tener de qué acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose,
empezó a escribir con el dedo en el suelo.

Y mientras insistían en interrogarle,
levantó la cabeza y les dijo

"Que aquel de vosotros que esté libre de pecado sea el primero en arrojarle la piedra".

Y agachándose, volvió a escribir en el suelo.



Al oír esto, se marcharon uno a uno, empezando por el mayor y terminando por el último.

El autor declina toda responsabilidad
por uso indebido de contenidos
de este texto.

Sitio:

www.tan-shui.com